

Algunas reflexiones acerca del populismo: el caso brasileño

Sociedad y Discurso
Número 15: 18-35
Revista del Departamento
de Lengua y Cultura de la
Universidad de Aalborg
www.discurso.aau.dk
ISSN 1601-1686

LIUDMILA OKUNEVA

Universidad de las Relaciones Internacionales
del Ministerio de Asuntos Exteriores de Rusia

ABSTRACT

Getulismo (from the 1930s up to the 1950s) presents one of the most typical cases in the great political and ideological phenomenon of the Latin American populism. Later, in the context of the Brazilian “democratic opening” (the second half of the 1980s - the beginning of the 1990s) a neo-populism emerged demonstrating an unusual connection between the declared purposes (the neoliberal modernization) and the social base of the populist leader composed of the poor and excluded masses. This situation generated various theories about the correlation between populism and democracy and between the notions *populist* and *national-popular*.

PALABRAS CLAVES: Populismo, neo-populismo, elecciones, excluidos, Brasil.

Así como se ha hablado de “tres olas de la democratización”, se habla hoy en día de las “tres olas populistas”: el “populismo histórico” de los años 40-50 del siglo XX, el “neo-populismo” de los 90 y el populismo de izquierda de comienzos del siglo XXI¹. Nuestro objetivo es de tratar de analizar el caso brasileño a través de dicha óptica cronológica.

En primer lugar vale la pena subrayar algunos puntos generales que unen los populismos latinoamericanos. Según Marcos Novaro, son 1) *la agregación en términos de “pueblo” de una*

¹ S. Gratius, “The “Third Wave of Populism”, *Latin América, Working Paper 45, Fundación para las Relaciones internacionales y el Diálogo Exterior*, Madrid, octubre 2007, p. 1.

*diversidad bastante amplia de sectores sociales... que venían experimentando una acelerada transformación social y económica y por lo tanto no estaban claramente diferenciados entre sí, ni estructurados sectorialmente y 2) la atribución al movimiento resultante de una misión “regeneradora” de la nación. Y más adelante: El imperativo al que los fenómenos populistas respondían asumiendo esa misión era...incorporar a la vida política a aquellos sectores en ascenso, en el contexto de sistemas institucionales y partidarios que se mostraban incapaces de canalizar... dentro del orden instituido, dicha incorporación*². Carlos Vilas destaca que el fenómeno populista surge en América Latina en las décadas 1950-1970, cuando el crecimiento económico y los cambios de la estructura social de las sociedades latinoamericanas llevaron a la aparición de un panorama social muy heterogéneo. Surgen los movimientos de masas que producen un nuevo tipo de liderazgo político – populista y carismático. El líder populista influenciado por las masas presenta las propuestas del cambio y de las profundas transformaciones³.

Cabe señalar que *el populismo no es un movimiento ideológico, sino una desordenada movilización de masas sin brújula doctrinal. Es la anti-democracia, en cierto sentido, porque la democracia es la participación conciente y reflexiva de los pueblos en las tareas públicas, mientras que el populismo es su intervención emocional..., librada a las potencialidades taumatúrgicas del caudillo para solucionar, a la vuelta de la esquina, las necesidades de esas masas esperanzadas*⁴. Asimismo que “el populismo no resuelve nada. Cuando llega al poder se convierte en víctima de su propia prédica demagógica e irresponsable incapaz de dar solución a las propias demandas que contribuyó a alimentar en su función agitadora. Con más epítetos que ideas, más consignas que programas, el caudillo populista pronto se ve rebasado por los acontecimientos y la misma ola popular que lo encumbró al poder se encarga de arriarlo de él”⁵.

Los procesos de la modernización y urbanización en América Latina de la década de los 1960 encaminaron al “flujo de las migraciones campesinas”, “surge así el urbanismo cargado de conflictos sociales”⁶. “Crecen los barrios “callampas” metropolitanas de Chile, las villas-miseria

² M. Novaro, “Los populismos latinoamericanos transfigurados”, *Nueva Sociedad*, Caracas, 1996, No. 144, p. 91.

³ C. M. Vilas, “La izquierda latinoamericana y el surgimiento de regímenes nacional-populares”, *Nueva Sociedad*, 2005, No. 197, p. 96.

⁴ R. Borja, “Democracia y populismo”, *Nueva Sociedad*, 1983, No. 65, p. 129.

⁵ *Ibid.*, p. 129.

⁶ *Ibid.*, p. 128.

del gran Buenos Aires, las “favelas” brasileñas, las colonias proletarias de México, los barrios de invasión de Colombia, los ranchos venezolanos, los barrios suburbanos del Ecuador... Se da un orden de cosas en que el sistema democrático no logra ser lo suficientemente eficaz para atender las crecientes demandas populares. Viene el desencanto social. Las masas, en esas condiciones, son muy sensibles a la prédica redentorista, siguen fácilmente el señuelo demagógico y surge así el populismo, que es un fenómeno de raíz económica y efectos políticos”⁷. Este fenómeno toca no solo los sectores populares sino también los de la clase media. Ludolfo Paramio subraya que *el crecimiento de la pobreza y la frustración ante el incumplimiento de las promesas de reformas estructurales han hecho que amplios sectores no solo populares, sino también de la clase media, se sientan maltratados y excluidos ante un mercado que consideran adverso, y que no sepan como hacer oír su voz. Esto es lo más importante: en muchos países los sistemas de partidos establecidos no han generado ofertas políticas creíbles que permitieran a estos sectores sentirse representados. Y, a consecuencia de ello, ha ido creciendo el escepticismo hacia las instituciones políticas en su conjunto* ⁸.

Dichas observaciones son válidas tanto para los “viejos” populismos, o “populismos históricos” de la década de los 30-50 del siglo XX, como para los “nuevos”, de los años 80 y 90.

Si prestamos atención al fenómeno getulista, al cual en la abundante literatura dedicada al populismo se suele calificar como un ejemplo del populismo “puro”, “clásico”, veremos que Vargas encarnó en su persona al líder que, por un lado, efectúa el liderazgo y, por otro, pasa a depender él mismo de las masas que le encumbraron el poder, se ve obligado a tener en cuenta sus deseos y exigencias. Getúlio Vargas, en su condición de líder populista, se formó como resultado del estado psicológico común de diferentes grupos sociales cuya posición en la jerarquía económica y política era muy distinta pero cuyos intereses coincidían debido a la aguda crisis que vivía la sociedad brasileña de aquella época. El fenómeno Vargas demostró – por la primera vez en la historia brasileña – que el populismo surge cuando las viejas estructuras económicas, políticas, sociales (en el caso brasileño, la vieja oligarquía cafetera) han agotado su potencial y no pueden seguir funcionando ni imprimir nuevos impulsos al desarrollo progresivo pero todavía no existen, no han cristalizado nuevas estructuras que vengan a sustituir la que

⁷ Ibid., p. 129.

⁸ L. Paramio, “Giro a la izquierda y regreso del populismo”, *Nueva Sociedad*, 2006, No. 205, p. 66.

quedaron desfasadas. En tales épocas aparece el fenómeno populista y el líder populista carismático, que sabe comprender e incluso hacer suyas las necesidades de esas vastas masas, de todos los descontentos (ya sean ricos o pobres) y proponerles a todos ellos la alternativa del cambio social, un modelo adecuado de futuro desarrollo que responda a los intereses de cada uno de los grupos sociales y de toda la sociedad en su conjunto. Vargas supo hacerlo y por eso no sólo logró llegar al poder por segunda vez sino que consiguió también efectuar reformas indispensables (en primer lugar nacionalizaciones, así como el Código laboral, etc.) y formar la base del desarrollo positivo del Brasil para las décadas posteriores (hasta el inicio de la época de las privatizaciones). Para conseguirlo todo supo también reunir (en su modo de gestionar) de una manera sobresaliente los rasgos populistas y autoritarios a la vez⁹.

El getulismo surgió en un ambiente histórico y político especial pero no desapareció del escenario nacional con la muerte de Vargas. *La clave de las experiencias de Getulio Vargas... era la crisis del sistema de representación y la existencia de amplios grupos sociales que se sentían excluidos económicamente y no encontraban una vía para que sus necesidades fueran atendidas por los gobiernos. Esas dos condiciones se han vuelto a dar a comienzos del nuevo siglo (y – agregaremos – a final del siglo XX. – L.O.) en algunos países, y no es demasiado sorprendente... que se haya repetido la emergencia de liderazgos populistas*¹⁰. Durante la transición del autoritarismo a la democracia en el Brasil (segunda mitad de los años 80 – inicios de la década de los 90 del siglo XX) – en el transcurso de la “apertura democrática” – el populismo brasileño resurgió, esta vez en la modalidad del neo-populismo (el así llamado “caso Collor”), que puso un sello específico al carácter complejo y contradictorio de la democratización.

La transición democrática en el Brasil de finales de la década 80 del siglo XX puso de manifiesto muchas regularidades que irían apareciendo después en otros casos de apertura democrática –tanto en América Latina, como en otras regiones del mundo – principalmente en Rusia y los países de la Europa del Este. Una de ellas consistía en el papel particular del líder político. El problema del liderazgo político, el crecimiento del papel del líder carismático y populista son rasgos típicos de las sociedades donde la democracia se introduce de una manera

⁹ C. Vilas, op. cit., p. 96.

¹⁰ L. Paramio, op. cit., p. 66.

rápida, inesperada, brusca, sin contar con una larga tradición histórica y abriendo puertas a la presencia de las vastas masas, antes excluidas de la vida política y de la sociedad civil¹¹. Se trata, por una parte, de una cierta continuidad de las condiciones típicas del “populismo histórico”, que son propias también del “nuevo”, y por otra, de la desaparición de las condiciones que, según M. Novaro, fueron esenciales para el populismo clásico. Este último punto está básicamente motivado por la crisis de la representación en los últimos años 80 y los primeros 90 en América Latina, los cambios estructurales muy profundos, de envergadura y que significaron la fragmentación de los sectores de intereses organizados, la extrema inestabilidad en el mercado laboral, la compleja imbricación de los conflictos sectoriales, etc.¹². *Dado que en esta situación las identidades y las agrupamientos de intereses tradicionales se debilitan, y los partidos en el gobierno son incapaces de proveer una respuesta a los problemas más urgentes de la ciudadanía, la confianza y los sentimientos de pertenencia a dichos partidos, y en algunos casos también a los principales partidos de la oposición, sufren una rápida erosión*¹³.

Se trata de un proceso de “doble desarticulación”: 1) desarticulación en la cima del sistema político, crisis de los partidos y las instituciones de gobierno y 2) desarticulación de los actores organizados de la sociedad, cuando ya no existe “un campo social movilizado y... estructurado”. En tal situación comienza a configurarse un orden social “sin vértice ni centro, un sistema sin portavoz y sin representación interna”¹⁴. Los actores que podrían presentarse como representantes del interés general, “es decir, como “el pueblo”, son ahora más débiles... y superficiales de lo que solían ser. ...La sociedad se “despolitiza” y la política “se desocializa”. En vez de “actores sociales organizados capaces de encarnar intereses generales” surge la “autonomización de las instituciones políticas”¹⁵. Y el populismo, siendo respuesta a un ambiente de gran fluidez social, entra en la escena política.

En dichas circunstancias los deseos de las masas antes excluidas, las exigencias del “pueblo” (de las vastas masas marginadas y pauperizadas) se reflejan en los programas y las consignas de los nuevos líderes que aspiran a la transformación radical del Estado. Por eso todos

¹¹ Para más detalles véase: Okuneva, Liudmila. *Brasil: las particularidades del proyecto democrático*, Editorial de la Universidad MGIMO, Moscú, 2008 (en ruso), pp. 380-415.

¹² M. Novaro, op. cit., p. 93.

¹³ Ibidem.

¹⁴ Ibid., pp. 93-94.

¹⁵ Ibid., p. 94.

los descontentos (no sólo los pobres sino también los ricos) se unen bajo las banderas del líder populista y esta unión significa su protesta común contra el gobierno anterior.

Si proyectamos estas consideraciones generales sobre la situación brasileña concreta, veremos que pueden servir de herramienta para su apreciación. Fernando Collor ganó las presidenciales del 1989 y tomó posesión del cargo en marzo de 1990. Su ascensión al poder podría ser el argumento de una telenovela. El joven (y poco conocido en la clase política del Brasil de aquel entonces) gobernador del Estado de Alagoas – un Estado pequeño y pobre – se hizo presidente del mayor país latinoamericano y uno de los mayores del mundo. La esencia de su campaña electoral se concentró en dos puntos clave: “corrupción e incompetencia” del gobierno en curso (el de Sarney), su inaptitud para gobernar, para crear una economía eficaz y una sociedad moderna. De ahí que la quintaesencia de su plataforma ideológica consistiera en la idea de que el país necesitaba un *nuevo* líder con un *nuevo* pensamiento, con una visión *no-tradicional* de los problemas y de las metas, un líder que supiera combatir las lacras más graves de la sociedad: la corrupción, el clientelismo, la pobreza, el atraso, la inflación (“matar al tigre de la inflación” fue una de sus consignas principales). “Soy una persona nueva. Ustedes ya saben y conocen la política de nuestro gobierno. Son ellos quienes llevaron el país al abismo de la crisis. Pero sólo yo sé cómo hay que superar esa crisis, sólo yo conozco a fondo los deseos del ama de casa, del empresario, del alumno universitario, del desempleado, del pobre, del favelado. Soy como ustedes, soy uno de ustedes y por eso sabré resolver sus problemas”. Entendiendo que su pertenencia a las viejas oligarquías agrarias del Norte-Este podía obstaculizarle la ascensión al poder, supo inculcar en la conciencia social la idea de que él no pertenecía a los partidos políticos “corruptos” (demostrando empíricamente una de las leyes del populismo que postula que la pertenencia a las viejas elites puede impedir el avance hacia el puesto estatal supremo)¹⁶.

Magistralmente, Collor supo valerse del descontento de los más pobres, de los favelados (esa “multitud políticamente inerte”, según M. Novaro¹⁷) prometiéndoles una vida digna, la redistribución de la renta, el fin de su existencia miserable. Decía: “los gobernantes anteriores sólo sabían aumentar los precios, saqueando al pueblo. Pero yo, siendo rico, precisamente yo sé

¹⁶ G. Hermet, *Les populismes dans le monde. Une histoire sociologique (XIX^e-XX^e siècle)*, Fayard, Paris, 2001, p. 110; véase también: S. Gratius, op. cit., pp. 3-4.

¹⁷ M. Novaro, op. cit., p. 94.

cómo alcanzar el nivel de vida que pueda satisfacer a los excluidos: voy a gobernar para los pobres, en interés de los pobres y en nombre de los pobres”.

Las encuestas y los innumerables sondeos sociológicos indicaban que el discurso populista de Collor había logrado captar perfectamente las esperanzas sociales: la sociedad en conjunto y sobre todo los pobres anhelaban ver empuñado el timón del Estado por un hombre firme, competente, de espíritu renovador, que supiera enfrentar y luego superar la grave crisis económica, eliminar la miseria extrema, hacer que el país saltara del “tercer mundo al primero”.

Con los dardos lanzados contra los “gobernantes corruptos e incompetentes”, Collor hizo de su campaña un “anti-todo”: luchaba contra la burocracia estatal corrupta, contra los partidos políticos que se habían revelado incapaces de transformar al país, contra toda la clase política en conjunto. Y esa crítica acerba fue el elemento esencial por el que vastos sectores de la sociedad, – en primer término, los pobres, los excluidos, los no-calificados, etc.– cifraran su única esperanza en la persona de ese nuevo líder que parecía omnipotente.

Este fenómeno emblemático tiene su explicación en el hecho de que en ese tipo de sociedades siempre existe una dicotomía entre “nosotros”, es decir, toda la sociedad, y “un otro” – influyente y omnipotente. Y esa alteridad es muy significativa, cumpliendo a la vez una función central: en base a una distinción entre “amigos” y “enemigos”, entre el “pueblo” y la “oligarquía” (y éste fue precisamente el caso del Brasil. – L. O.) se genera la imagen de una persona dotada del carisma indispensable para luchar contra “todo” y para combatir con éxito y abnegación todos los obstáculos¹⁸.

Paradójicamente, Collor supo unir a las capas pobres, situadas en los peldaños más bajos de la pirámide social, con el discurso puramente neoliberal plasmado en el proyecto de la modernización neoliberal¹⁹. Logró hacerlo porque proclamaba la eliminación de la pobreza por medio de ese proyecto que permitiría poner fin a la inflación, acelerar el crecimiento económico, traer al Brasil la prosperidad para todos. Anotemos que aquel era un momento crucial para Brasil: la sociedad y sus elites políticas habían de determinar su opción en cuanto a las alternativas de

¹⁸ Ibid., pp. 94-97. Véase también: A. Knight, “Populism and Neo-populism in Latin America, especially Mexico”, *Journal of Latin American Studies*, 1998, No. 30, pp. 223, 229; S. Gratius, op. cit., p. 5.

¹⁹ Varios autores hablan de la vinculación entre los nuevos populismos y las políticas neoliberales (véase: M. Novaro, op. cit., p. 91). Así se presentan también los “casos Fujimori, Ménem y Salinas” (dichos casos los describe A. Knight haciendo hincapié en “el populismo envuelto en el poncho” de Fujimori y Salinas: A. Knight, op. cit., pp. 247-248).

cambio y de desarrollo posterior. Por eso las elecciones de 1989 se convirtieron en una arena de reñido enfrentamiento entre las alternativas de izquierda y las de cuño derechista. La modernización aparecía a los ojos de todos como un elemento necesario, indispensable para un nuevo modelo viable; la modernización había de dar un nuevo respiro, aportar nueva calidad y promover nuevos parámetros en el proceso de desarrollo. Pero en el caso Collor se trataba de la modernización neoliberal (a tono con lo que por aquel entonces tenía todas las trazas de “exitosa marcha” del neoliberalismo por el mundo entero). La meta principal de Collor consistía en la profunda transformación del capitalismo brasileño sobre la base del reforzamiento de los mecanismos del mercado, es decir, se pretendía hacerlo más moderno, más abierto, más flexible y más adecuado a las realidades del mundo de hoy, más compatible con las leyes de la economía mundial globalizada. El discurso modernizador de Collor, entretanto, pasaba por alto la idea de que el proyecto neoliberal no era compatible con el contenido social, no se preveía la puesta en marcha de programas sociales concretos (y por eso en el transcurso de sus reformas los pobres se vieron aun más pobres, la inflación, combatida al principio, renació con doble fuerza, y todo ello, junto con los demás fenómenos negativos –el colapso económico, el ritmo acelerado de expansión del desempleo, etc.– llevó al fracaso definitivo de la política basada en la “terapia de choque”.

Volviendo a la tesis de que Collor consiguió asociar las esperanzas de los excluidos con el proyecto neoliberal, anotemos que precisamente ese hecho fue considerado por eminentes analistas políticos brasileños como el fenómeno más sobresaliente, más chocante y sorprendente de la campaña presidencial de 1989. Paradójicamente, los pobres no eligieron a Lula – obrero metalúrgico, sindicalista bien conocido, que había desempeñado un papel destacado durante la lucha contra el régimen militar, encabezando al mayor partido brasileño de oposición, el PT; no respaldaron al candidato nacido en una región paupérrima del Nordeste de Brasil que había llegado a São Paulo siendo niño en busca de trabajo, a una persona que, por supuesto, conocía muy bien la vida de su clase, del pueblo. Por el contrario, ese electorado pobre votó por un millonario, representante de los círculos elitistas, de la aristocracia rural del Nordeste, un hombre que llevaba una vida de lujo y apegada a lo *chic*. Revisando las raíces de este fenómeno, los investigadores se remitían a diversas encuestas que habían dado una respuesta bien clara: puesto que soy pobre y vivo en la pobreza, decían los respondientes, no quiero que un pobre parecido a

mí esté al poder, quiero que sea una persona educada y próspera que entienda y perciba los vías capaces de mejorar considerablemente mi vida (apuntemos entre paréntesis que, obviamente, no sólo los pobres apoyaron a Collor: su candidatura obtuvo el apoyo de la vieja oligarquía rural “nordestina”, de los círculos conservadores, de la así llamada “nueva derecha” neoliberal, de las grandes corporaciones y empresas; pero lo que nos interesa a nosotros es precisamente el carácter y las motivaciones del voto de los pobres y excluidos).

Dichas consideraciones nos llevan a la conclusión de que el fenómeno Collor da base para las reflexiones acerca de los motivos de carácter ya no sólo social, sino también socio-psicológico de tal voto. En general, el factor socio-psicológico y emocional fue primordial en la formación de la imagen de Collor, del perfil que contribuyó en gran medida a granjearle ese apoyo masivo. La imagen de Collor, elaborada por sus consejeros – la de un hombre próspero, floreciente, siempre triunfante, bello, culto – apuntaba a atraerle la fe de los desposeídos, de quienes carecían de todo en su vida, de los que creían en cada palabra de Collor y para quienes sus promesas eran más que simples promesas: se convertían en un símbolo que significaba el fin de la existencia miserable, la esperanza de una pronta resolución de los problemas pendientes. Finalmente, este imaginario se plasmó en votos reales y brindó a Collor ventajas políticas reales.

Con todo ello el caso brasileño nos da un ejemplo concreto y muy significativo de cómo el apelar a los excluidos, el aprovechamiento de determinados rasgos de la conciencia social de estos sectores, como son la fe en el líder carismático omnipotente, la esperanza de cambios inmediatos promovidos por el gobernante supremo, el deseo de que se ponga fin “de golpe” a los estragos de la crisis, pueden asegurar el ascenso político de tal líder. Este ejemplo brasileño del período transitorio se presenta no sólo como un caso particular o local, sino que adquiere la dimensión de una de las “leyes” de la apertura democrática, que se ha hecho patente en otros países y regiones del mundo. Además, el caso brasileño demuestra que durante los períodos transitorios, cuando la sociedad da el salto hacia otra calidad de su desarrollo, en el ambiente de mutaciones y cambios radicales de todos los parámetros de la vida económica, política y social, en momentos en que la sociedad pierde fe en sus líderes, doctrinas y anteriores conceptos del desarrollo, en el ambiente de cansancio social y cierta desorientación, cuando se hacen fuertes las aspiraciones a adoptar nuevas posiciones y liberarse del autoritarismo, en los momentos del fracaso y decadencia de los ideales, de total desilusión y al mismo tiempo de ausencia de nuevas

normas que regulen la vida social, en tales condiciones se forma la base que asegura la llegada al poder de un líder poco conocido, pero de ánimo populista, que maneja hábilmente el correspondiente discurso y sabe sacar partido del entorno indefinido para encumbrarse fácilmente en el poder.

Tales son las coordenadas en que se inscribe la trayectoria de ese tipo de nuevo líder político. Inicia el camino hacia la cima del poder estatal siendo un *outsider* político. El término *outsider*, antes empleado únicamente en el lenguaje deportivo, supone la existencia en el otro flanco de un *favorito*. Pero en el discurso puramente político el término *outsider* adquiere un nuevo contenido, frecuentemente inesperado: por una parte, el *outsider* se posiciona como independiente de los grandes, influyentes y poderosos partidos políticos, y por otra, se planta como una “sorpresa”. El *outsider* acusa a las autoridades y de este modo, en lo político, se convierte en vehículo de la ruptura, del cambio brusco (sin tratar siquiera de ganarse el apoyo de una parte de las instituciones tradicionales).²⁰ Su discurso populista “denuncia a la elite política anterior y al conjunto de los partidos políticos tradicionales como traidores a los intereses populares, para presentar a los nuevos gobernantes como verdaderos representantes de esos intereses. Y por ello pide el máximo respaldo social para evitar que la oposición bloquee la acción del gobierno desde las instituciones democráticas”²¹. El *outsider* se contrapone a los así llamados *insiders*, es decir, a las figuras políticas conspicuas, con fuerte raigambre en el escenario político; el *insider* hace su propio juego, escogiendo para ello los terrenos económico, electoral, religioso, sindical y el espacio de los *mass media*. Collor reunió en sí todas estas facetas en el marco de la campaña que desembocó en su inesperada victoria en las urnas. La llegada del *outsider* al poder se basa en la así llamada “doble esperanza”: 1) la esperanza de una renovación general y completa y del cambio del liderazgo político (el “*outsider*” se posiciona como un “nuevo líder”) y 2) la aspiración al cambio de rumbo político (el programa electoral del “*outsider*” abunda en promesas de tal sentido). Lo paradójico empieza cuando asume la presidencia: Collor, que había declarado la ruptura radical con el rumbo anterior (“mataremos al tigre de la inflación de un solo golpe”, “lo que pretendemos hacer es una verdadera revolución, una ruptura sin precedente”), no logró durante su mandato ninguno de los cambios prometidos (y

²⁰ C. Goirand, « L’*outsider*, figure introuvable? Partis et individualisation de la politique au Brésil », *Problèmes d’Amérique latine*, Paris, hiver 2005-2006, No 59, pp. 11-13, 19-21.

²¹ L. Paramio, op. cit., p. 65.

tan esperados por la sociedad) ni en el marco del rumbo propuesto (porque estaba vinculado con los intereses de las elites económicas), ni siquiera en la estructura de su gabinete (donde había ministros estrechamente ligados a las mismas elites y oligarquías locales). Es decir que Collor, siendo “outsider” en su camino hacia la presidencia, dejó de serlo al asumir el cargo. Sólo pudo disfrutar de su imagen populista, creada por la TV y los *image-makers*, en el curso de la campaña electoral²².

Es necesario subrayar que la experiencia brasileña de evolución política en los tiempos de la apertura democrática indica que el fenómeno del nuevo líder no dura mucho, es típico exclusivamente para el *punto de partida* de la democratización, para la etapa inicial del cambio total de las formas tradicionales del ser social, cuando el grado de las esperanzas sociales es extraordinariamente alto. Pero tras “el amanecer” de la fase inicial viene el período de intensificación de las dificultades, cuando cobran relieve las deficiencias de la opción elegida, cuando se hace evidente la ausencia de resultados visibles y perceptibles de ese cambio grandioso prometido, que había generado tantas esperanzas y que había de traer ya “al día siguiente” los frutos de las reformas. Vienen entonces la desilusión, el desengaño y la falta de fe, estallan protestas, van creciendo la decepción y el desencanto en el líder recientemente adorado.

La problemática del líder populista presenta, además, otro aspecto, que está vinculado con el carácter específico de la sociedad transitoria, la cual, por una parte, contiene impulsos a la llegada inmediata de la democracia y, por otra, conserva vestigios del pasado autoritario, que ejercen presión sobre la cultura política y el estado de la sociedad favoreciendo casos paradójicos. En el momento de las elecciones de 1989, cuando Collor apareció en el escenario político como “*deus ex machina*”, en Brasil ya existían partidos políticos de gran prestigio, que habían luchado por la democracia, contra el régimen militar y en el marco de los cuales se había formado toda una generación de líderes políticos muy respetados (basta recordar a Ulisses Guimarães, patriarca de la democracia brasileña). Parecía que precisamente esos líderes – exponentes de vastas capas sociales, iban a simbolizar la estabilidad y la continuidad del desarrollo democrático, su carácter transparente, etc. Pero esa configuración deseable se vio alterada por la intervención de un gobernador poco conocido, que promovió un guión absolutamente contrario y triunfó en las urnas. Mientras, Ulisses Guimarães, líder destacado y de gran prestigio moral, se quedó casi

²² C. Goirand, op. cit., pp. 11-13, 19-21.

solo, con escasos partidarios, sin conseguir siquiera el porcentaje de votos necesario para pasar a la segunda vuelta.

Se vio entonces que el *punto de partida* de la democratización no aseguraba a los líderes conocidos y representativos la elección “automática”, garantizada e incontestable; ellos no estaban forzosamente “destinados” a ser electos. Más aún, la situación se tornó imprevisible y, los líderes “tradicionales” se vieron desplazados, apartados de la clase política, y el poder “cayó” en manos de un líder cuya imagen era extremadamente contradictoria. Su ascensión impetuosa y precipitada reveló una vez más el hecho de que, cuando se produce un proceso de democratización, las exigencias, las demandas, las necesidades de la sociedad pueden crear un contexto propicio para la promoción de un político en el que nadie había pensado antes. A su vez, este político se convierte en encarnación de la transición misma. Habiendo llegado al poder por vía democrática, a raíz de elecciones generales abiertas y directas, de conformidad con leyes constitucionales, dicho líder simultáneamente entraña voluntarismo y cierta dosis de autoritarismo²³. El componente autoritario, que revela la esencia polifacética del populismo –esas “dos caras de una misma moneda”– combinando los rasgos democráticos con los de esencia autoritaria (ocupa la así llamada “área gris” entre democracia y autoritarismo²⁴), se manifestó en el Brasil de aquel entonces de modo nítido y con toda fuerza en la realización del programa de reformas de Collor. Esta característica demuestra que el populismo, que nace y se fortalece al calor de la ola de desconfianza en las instituciones estatales, de críticas a la corrupción y la burocracia e inculca en la conciencia de masas la fe (muy a menudo irracional) en la posibilidad de resolver de una manera rápida y fácil los problemas complicados, este populismo (se trata del populismo de derecha, del cual fue representante Collor), oponiéndose a todos los partidos existentes saca partido de los modos de comportamiento, visiones y prejuicios paternalistas y autoritarios de buena parte del electorado. No es casual que muchos analistas hayan calificado a Collor de líder populista con una clara inclinación autoritaria. Sus métodos de gobierno y de aplicación de las reformas eran incompatibles con las ideas del pacto social y del consenso

²³ Existe una vasta literatura acerca de la vinculación del populismo y del autoritarismo. Véase, por ejemplo: S. Gratius, op. cit., pp. 3-4; G. Hermes, op. cit.; Idem. “El populismo como concepto”, *Revista de Ciencia Política*, Madrid, 2003, No. 1, pp. 5-18; F. Panizza (ed.), *Populism and the Mirror of Democracy*, Verso, London-N-Y, 2005.

²⁴ S. Gratius, op. cit., p. 2.

nacional, con el ideario democrático, que supone el debate amplio y abierto y la consideración de todos los intereses sectoriales²⁵.

El neo-populismo brasileño de aquella época parece estar acabado²⁶, pero surge otro problema, dedicado una de las especificidades del populismo – es decir, al así llamado “populismo de izquierda”. Cuál será la correlación entre el populismo y la política nacional-popular; en otras palabras: ¿existe o no diferencia entre el populismo y lo nacional-popular? “Es posible ofrecer una alternativa de izquierda al populismo? El primer problema es que, para muchos sectores progresistas, el populismo es ya una política de izquierda, en la medida en que introduce medidas sociales y económicas favorables a las mayorías. Así, incluso partidos que defienden el socialismo democrático pueden entender que en otros países el populismo es la expresión real de la izquierda. Pero el populismo, incluso si se somete a las reglas de juego de la democracia, no es un proyecto democrático. Divide la sociedad a través de su distinción maniquea entre sectores populares y oligárquicos, basa su discurso en la confrontación y no pretende crear ciudadanos, sino seguidores. Por otra parte, la dinámica política del populismo puede derivar fácilmente en políticas económicas poco o nada responsables, ya que su prioridad es la redistribución clientelar en lugar de la inversión y la transformación de la sociedad”²⁷.

Esas reflexiones van mucho más allá del caso concreto y se centran acerca del debate en torno a margen bastante nítido entre *lo populista* y *lo nacional-popular*.

Hay muchos puntos de vista acerca de estos problemas. Por ejemplo, podemos encontrar evaluaciones del régimen cardenista que está calificado de populista²⁸. Tal óptica de análisis lleva a la conclusión de que todo tipo de desarrollo nacional-popular no es otra cosa que populismo, pasando por alto los cambios verdaderamente profundos que se llevaron a cabo durante el

²⁵ Acerca de todos los aspectos del fenómeno Collor, mencionados más arriba, véase: L. Werneck Vianna, “Governo Collor VS pacto social e político: a hipótese da dualidade de poderes”, *Cadernos de conjuntura “O governo Collor em questão: problemas e perspectivas”*, Rio de Janeiro, IUPERJ, nov./dez.1990, No. 34/35; B. R. Schneider, “Collor’s First Year: the Stalled Revival of Capitalist Development in Brazil”, *ibidem*; J. L. Fiori, “Dezembro 1990: o impasse político de razão tecnocrática”, *ibidem*; E. Diniz, “Economia, política e democracia sob a gestão Collor: uma difícil articulação”, *ibidem*; R. Antunes, *A desertificação neoliberal no Brasil (Collor, FHC e Lula)*. São Paulo, Autores Associados, 2004; L. Okuneva, *op. cit.*, pp. 296-343.

²⁶ A pesar de que muchas veces el populismo fue proclamado “muerto”, “agotado”, sigue viviendo y volviendo a la escena política *like a living dead of Latin American politics* (A. Knight, *op. cit.*, p. 223). Hoy día los regímenes nacional-populares de los años 1950-60 renacen “bajo algunas variedades de neo-populismo” (C. Vilas, *op. cit.*, p. 96).

²⁷ L. Paramio, *op. cit.*, p. 72.

²⁸ A. Knight, *op. cit.*, p. 232.

gobierno de Cárdenas. Lo mismo se refiere a la apreciación de Vargas y del getulismo. El cambio profundo de la imagen social y económica del Brasil, producido por las reformas de Vargas, determinó el rumbo de su desarrollo para los tres decenios posteriores. Por eso “enmarcarlo” estrictamente dentro de la tipología del populismo sería una simplificación; es más adecuado hablar de los *métodos* populistas de Vargas, de un tipo de líder carismático, es decir, dotado de rasgos particulares que le permitieron llevar a cabo una determinada política.

Lo mismo ocurre en torno a la evaluación del fenómeno lulista. La participación de Lula en las campañas presidenciales de 1989 y 1994, cuando el PT, siendo la fuerza principal de la oposición de izquierda, propugnaba profundas reformas sociales (igual que el PRD mexicano en la campaña de 1994), se califica de populismo²⁹. Entretanto, de atenerse a tal lógica toda proclamación de cualquier reforma social sería síntoma de populismo.

Las mismas preguntas surgen después de la llegada de las fuerzas nacional-populares al poder. “La izquierda no solo tiene que enfrentar la competencia del populismo, sino que debe ser capaz de mantener la cohesión pese a sus diferencias internas entre lo deseable y lo posible en cada momento”³⁰. Dentro de esa problemática muy diferenciada se debe destacar que en el marco del giro a la izquierda en América Latina surgieron líderes políticos que, siendo los de la oposición de izquierda, se posicionaron hostiles a las ideas neoliberales, pero al llegar al poder, como lo demuestra con toda claridad el caso del PT y de Lula, mantuvieron “un control plenamente ortodoxo de la estabilidad monetaria”³¹. Es un fenómeno llamado “populismo macroeconómico” – cuando la estabilidad macroeconómica y monetaria se incorpora a la práctica de los gobiernos de izquierda “que más critican el neoliberalismo de los años 90”³².

Tomemos el mismo ejemplo, el de Lula y el PT que desempeñan actualmente su segundo mandato presidencial. “Estabilidad y crecimiento” – así es la fórmula del gobierno de Lula³³. Mientras tanto, existe una cierta “tensión entre las limitadas metas que un gobierno de izquierda puede plantearse de forma inmediata y la ambición de sus objetivos a mediano y largo plazo. Esta tensión, aunque se manifiesta en debates ideológicos o políticos en las fuerzas de izquierda

²⁹ Ibid., p. 248.

³⁰ L. Paramio, op. cit., p. 74.

³¹ Ibid., p. 64.

³² Ibid., p. 64-65.

³³ B. Sallum Jr., “La especificidad del gobierno de Lula”, *Nueva Sociedad*, 2008, No. 217, p.164.

democrática, puede ser positiva en la medida en que exista un liderazgo reconocido y un cierto consenso,, sobre las limitaciones y los condicionantes de la acción del gobierno. Pero puede también conducir a la crisis o a la división si el liderazgo se debilita o si la opinión pública gira en contra del gobierno. El caso más evidente es el de los problemas internos del PT”³⁴.

“Cual es la especificad del gobierno de Lula? En qué innova respecto de la gestión de Cardoso?” – se pregunta Brasílio Sallum Jr. Su argumento central es que Lula “ha consolidado la hegemonía liberal, cuya estructuración política ocurrió durante el período de Cardoso. Con Lula esta hegemonía se profundizó socialmente y se volvió más flexible en lo que se refiere a las articulaciones entre el poder y el capital privado”. Al mismo tiempo resurgieron “ciertas prácticas políticas populistas”³⁵.

Lula no sólo proclamó, sino que está efectuando profundas reformas sociales (Fome Zero, Bolsa Família, etc.) que significan un giro real en la situación social de las capas más pobres; las consignas de su segundo mandato presidencial están orientadas al crecimiento económico que debería sentar la base para el lanzamiento de nuevos programas sociales (y dichos programas siguen realizándose). Dicha amplia política social consiste en que “la protección se amplió y se extendió a todas las familias ubicadas debajo de la línea de pobreza... El gobierno no se limitó a ampliar los programas destinados a los sectores más pobres. La decisión de generalizar la protección social se materializó también a través de la democratización del acceso a ciertos recursos para los estratos ubicados por encima de la línea de pobreza”. El gobierno de Lula está promoviendo “las políticas destinadas a ampliar el acceso a la educación superior para los sectores de renta media baja, es decir, obreros calificados y clase media baja, como trabajadores asalariados urbanos de comercio y servicio etc.”³⁶. En otras palabras, se trata de las políticas que “procuran proteger no solo a quienes se encuentran excluidos de la competencia – por edad, enfermedad o condiciones miserables de vida – sino también a ciertos sectores mejor posicionados, como los obreros calificados y la clase media baja, que participan de la sociedad competitiva pero en condiciones desfavorables”³⁷. Todo ello lleva a la conclusión que “la incorporación sociocultural de estratos sociales intermedios y la absorción de líderes populares

³⁴ L. Paramio, op. cit., p. 74.

³⁵ B. Sallum Jr., op. cit., p. 156.

³⁶ Ibid., p. 165.

³⁷ Ibid., p. 166.

por parte del aparato del Estado, en un esquema de convivencia con las corrientes liberales hegemónicas del empresariado y con sectores clientelistas y conservadores de la clase política, atenuó... el potencial transformador del PT y de sus aliados de izquierda. ...El gobierno de Lula aunque no muy eficiente desde el punto de vista de la gestión, ha sido muy eficaz en la consolidación del sistema de dominación social y de la nueva forma de Estado, moderadamente liberal y democrática, inaugurada en 1995”³⁸.

¿Sería adecuado calificar la estrategia lulista de “populista”? Parece que no: como vemos, es una política social profunda, una política que sin duda alguna da sus frutos. Ciertamente es que ha sido criticada por no alcanzar siempre las metas proclamadas (y en este sentido las críticas no carecen de fundamento), pero haciendo un balance de conjunto se puede afirmar que es una política encaminada a mejorar realmente la situación, disminuir la exclusión social, incluir en la sociedad a los excluidos. En ese sentido el proceso político actual en Brasil, toda la problemática de las reformas sociales emprendidas por el gobierno de Lula son muy significativas porque permiten trazar una línea divisoria entre las dos visiones mencionadas (el populismo y lo nacional-popular) y al mismo tiempo diseñar otro tema, ligado al problema de “el populismo y la izquierda”.

Pero al mismo tiempo, al ver ese mismo problema bajo otro ángulo (el de los aspectos políticos y no económicos) podemos compartir la opinión de Brasílio Sallum Jr. que destaca: “La profundización social de la hegemonía liberal en el gobierno de Lula ha consolidado una base socioeconómica favorable para que, en un contexto democrático, el presidente desarrolle una estrategia populista de relación con las masas, haciendo de ella un mecanismo adicional de control de sus adversarios y... de sus aliados”³⁹. Se concentramos nuestro análisis precisamente acerca de la estructura partidaria brasileña y su influencia al carácter de la conexión del líder de la nación con las masas, veremos que, según señala B.Sallum Jr., “el perfil multifacético y conflictivo de la coalición de gobierno... debilita el rol de los partidos políticos y abre un espacio amplio para una actuación independiente y directa del presidente en relación con el pueblo”⁴⁰. En este sentido sí hay razones de hablar del populismo de Lula. “El populismo de Lula es... una estrategia política, pero como todo populismo, tiene como fundamento políticas distributivas...

³⁸ Ibid., p. 167.

³⁹ Ibid., p. 168.

⁴⁰ Ibid., p. 170.

En sociedades tan desiguales como las latinoamericanas este componente es esencial. ... Como ha demostrado el gobierno de Lula, es posible implementar políticas fiscales responsables... con políticas distributivas”, es decir las que “distribuyen recursos a favor de los trabajadores y de los sectores más pobres”. La estrategia populista produjo “la alta aprobación popular” del gobierno y del presidente⁴¹. Estrictamente en ese sentido y tomando en consideración todo el conjunto de esos factores, podríamos afirmar que el así llamado “populismo distributivo” de Lula desempeña un papel evidentemente positivo en el Brasil actual.

Bibliografía

Antunes, R. (2004). *A desertificação neoliberal no Brasil (Collor, FHC e Lula)*. São Paulo, Autores Associados.

Borja, R. (1983). “Democracia y populismo”. *En Nueva Sociedad*, No. 65: Caracas.

Diniz, E. (1990). “Economia, política e democracia sob a gestão Collor: uma difícil articulação”. *En Cadernos de conjuntura* “O governo Collor em questão: problemas e perspectivas”, No. 34/35: Rio de Janeiro.

Fiori, J. L. (1990). “Dezembro 1990: o impasse político de razão tecnocrática”. *En Cadernos de conjuntura* “O governo Collor em questão: problemas e perspectivas”, No. 34/35: Rio de Janeiro.

Goirand, C. (2005-2006). « L’outsider, figure introuvable? Partis et individualisation de la politique au Brésil ». *En Problèmes d’Amérique latine*, Nr. 59 : Paris.

Gratius, S. (2007). “The “Third Wave of Populism” *En Latin América, Working Paper 45, Fundación para las Relaciones internacionales y el Diálogo Exterior*: Madrid.

Hermet G. (2003). “El populismo como concepto”. *En Revista de Ciencia Política*, No. 1, Madrid.

Hermet, G. (2001). *Les populismes dans le monde. Une histoire sociologique (XIX^e–XX^e siècle)*. Paris: Fayard.

⁴¹ Ibidem.

Knight, A. (1998). "Populism and Neo-populism in Latin America, especially Mexico". *En Journal of Latin American Studies*, № 30: Cambridge.

Novaro, M. (1996). "Los populismos latinoamericanos transfigurados". *En Nueva Sociedad*, No. 144: Caracas.

Okuneva, L. (2008). *Brasil: las particularidades del proyecto democrático*. Moscú: Editorial de la Universidad MGIMO (en ruso).

Panizza, F.(ed.). *Populism and the Mirror of Democracy*, London-N-Y, Verso, 2005.

Paramio, L. (2005). "Giro a la izquierda y regreso del populismo". *En Nueva Sociedad*, № 205: Buenos Aires.

Sallum Jr., B. (2008). "La especificidad del gobierno de Lula". *En Nueva Sociedad*, № 217: Buenos Aires.

Schneider, B. R. (1990). "Collor's First Year: the Stalled Revival of Capitalist Development in Brazil". *En Cadernos de conjuntura* "O governo Collor em questão: problemas e perspectivas", № 34/35: Rio de Janeiro.

Vilas, C.M. (2005). "La izquierda latinoamericana y el surgimiento de regímenes nacional-populares". *En Nueva Sociedad*, No. 197: Buenos Aires.

Werneck Vianna, L. (1990). "Governo Collor VS pacto social e político: a hipótese da dualidade de poderes". *En Cadernos de conjuntura* "O governo Collor em questão: problemas e perspectivas", No. 34/35: Rio de Janeiro.